

EL MITO DE LA SEGUNDA TRANSICIÓN

José Antonio Castellanos López

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

*Quiero dejar en el umbral mismo de este discurso
mi homenaje a la extraordinaria obra de Adolfo Suárez
[...]
Con su retirada termina la transición.*

Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo.
Discurso de investidura. Congreso de los Diputados, 18.02.1981

*...y empujaba la piedra hacia arriba, hacia la cumbre,
pero cuando iba a trasponer la cresta, una poderosa fuerza le hacía volver
una y otra vez y rodaba hacia la llanura la desvergonzada piedra.
Sin embargo, él la empujaba de nuevo.*

Homero, *Odisea*. Canto XI

La transición como matriz de nuestro tiempo.

De un tiempo a esta parte el periodo histórico que se conoce como *la transición* se ha convertido en objeto de hondas disputas para quienes - fundamentalmente desde la política, la intelectualidad o los medios de comunicación - pretender influir en la configuración de un Estado que, si cabe, se ve más necesitado de amplias transformaciones desde que empezó a sacudir al país la crisis económica que aún sufrimos. En ese afán reformista, el período de cambio político que experimentó España desde mediados de la década de los setenta hasta comenzados los ochenta se ha conformado como un campo de batalla en el cual los contendientes proyectan sus aspiraciones, frustraciones, añoranzas y desengaños.

Podría ser esto quizá fruto de lo que el profesor Manuel Ramírez Jiménez calificó como “la nociva tendencia hispana de vivir con los ojos puestos en el pasado” que nos habría llevado en ocasiones según Ramírez a adoptar actitudes sobre el ayer como la de “refugiarnos en él y hacernos ilusiones sobre el mismo, en vez de sobre el futuro, como denunciara Ortega” y en algunas otras a “renegarlo, condenarlo o hacerlo culpable de males actuales” para utilizarlo las más de las oportunidades “como arma arrojadiza en la contienda política, cultural o social”; siendo evidente, además, que

“cuanto más cercano era ese pasado, más vueltas hemos tendido a darle para intentar explicar lo de ahora con los errores o aciertos de lo de ayer”¹.

Independientemente de los motivos, se puede comprobar cómo ya desde bastantes años atrás la transición se ha convertido en un ingrediente notable en la pugna de las ideas ya que “unos la sacan a la calle para responsabilizarla, otros la pasean como un viejo icono”². Afincados en el meollo de esta situación, las diferentes controversias sobre la transición se han ido vertebrando como un condicionante decisivo en el interior de lo que podría denominarse como una batalla de continua tergiversación entre opciones políticas. Hoy, al igual que en el año 2006 cuando Santos Juliá hizo esta afirmación, “hablar de la transición, es hablar de política tanto como de historia”³.

La culpa es de la transición⁴. O, por el contrario, en la transición se puede buscar la solución y/o a ella hay que darle las gracias por lo mejor de estos últimos treinta años. Y en virtud de ese agradecimiento, convendría recuperar sus esencias, sus logros o sus procedimientos. Como apuntaba lúcidamente Jordi Gracia: “ha ido cebándose poco a poco el afán de derribar el mito de la Transición perfecta con el mito contrario de una Transición putrefacta”⁵. Ramírez Jiménez lo expresó hace más tiempo pero de manera igualmente lúcida en uno de los artículos que anteriormente se citaban: “lo que, en un principio, se cantó con aires triunfalistas y hasta absurdos deseos de exportación, se ha llegado a tachar de chapuza”⁶.

Aparte de este estado de cosas, lo que sí parece estar fuera de toda duda es que la inmensa mayoría de los detractores de la transición acaban sistemáticamente incurriendo en su estrategia dialéctica en lo que bien podrían calificarse como severas incoherencias. Incongruencias que desde el punto de vista conceptual provocan que terminen manejando el mismo utillaje léxico que aquellos vindicadores de la transición que se muestran, en buena lógica, mucho más consecuentes en su elaboración semántica. Lo cierto es que, no obstante y como luego se intentará demostrar, los

¹Manuel RAMÍREZ JIMÉNEZ: “*Cuestionar la Transición*”, *El País*, 1 de junio de 1995. Véase igualmente con el mismo título y en el mismo medio pero con fecha del 06.10.1998.

²Juan Carlos MONEDERO: *La transición contada a nuestros padres*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, p. 29.

³Santos JULIA: “En torno a los proyectos de transición y sus imprevistos resultados”, en MOLINERO, C, (ed)., *La Transición, treinta años después*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 59-79.

⁴ Son más que oportunas las reflexiones que en este sentido hace Javier CERCAS en su artículo *La Transición, Papá y Mamá* de *El País Semanal* del 14 de abril de 2013.

⁵ En el artículo de Jordi GRACIA que cito publicado en *El País* el 17 de abril de 2013, *Guerra de Mitos*, se realiza un brillantísimo análisis sobre el surgimiento de estas visiones contrapuestas.

⁶ Manuel RAMÍREZ JIMÉNEZ.: “*Cuestionar la Transición*”....

integrantes de ambos bandos acaban por resultar, en sus diferentes estrategias y planteamientos, tremendamente imprecisos y equívocos.

A mi juicio un hecho resulta fundamental para explicar estas realidades. El ciudadano medio sigue valorando muy bien la transición a la democracia. Una mayoría de españoles juzga ese período como un episodio muy positivo de nuestra historia, un capítulo de su pasado del que sentirle orgullosos, satisfechos. Para evidenciar esta aseveración sólo hay que consultar los diferentes barómetros y encuestas de opinión realizados por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en diferentes fechas de nuestra democracia⁷.

Un rápido recorrido sobre algunas de las cuestiones más relevantes que contienen estas herramientas de análisis sociológico nos puede servir para comprobar hasta qué nivel ha impregnado en la amplia mayoría de la población española una visión de la transición concreta.

Si nos fijamos en la consideración general que se tiene sobre la transición se podrá observar cómo, constantemente, las valoraciones encarecedoras que los ciudadanos han realizado se han situado en índices muy elevados. Las contestaciones a la interrogación: “¿Cree Vd. que la forma en que se llevó a cabo la transición a la democracia en España constituye un motivo de orgullo para los españoles?” resultan ampliamente significativas desde este punto de vista. Si en diciembre de 1995, dos décadas después de la muerte de Franco y de lo que podríamos considerar el arranque del proceso, el 79% de los preguntados contestaban positivamente a esta cuestión, en fechas siguientes, esta ratio apenas variaría significativamente. En junio de 1997 continuaba en el 79%. Año y medio después había crecido hasta el 80%, y en septiembre de 2003 – momento en el que ya a través de ciertos cauces académicos y mediáticos habría comenzado a debatirse el carácter ejemplar de la transición⁸ – esta valoración positiva seguía situándose en un 76,7%.

⁷ Sobre algunas de las cuestiones más relevantes que contienen estas herramientas de análisis sociológico en relación a lo que se está apuntando hasta el año 2008 en José Antonio CASTELLANOS LÓPEZ: “De consensos, rupturas y nuevas historias. Una visión de la transición desde la España actual” en Damián A. GONZÁLEZ MADRID (Coord.): *El Franquismo y la Transición en España: Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Catarata, 2008, p. 155 y ss. Las siguientes cifras remiten a estudios sociológicos posteriores.

⁸ Vease en este sentido el cruce de opiniones vertidas en el diario *El País* en el otoño de 2000 por diversos intelectuales frecuentes colaboradores de este rotativo. Vicen NAVARRO, “La transición no fue modélica”, *El País* 17 de octubre de 2000; Javier TUSELL, “¿Fue modélica la transición a la democracia?”, *El País*, 2 de noviembre de 2000; José VIDAL-BENEYTO, “El modelo de una transición modélica”, *El País*, 22.02.2001.

El comienzo y desarrollo de la feroz crisis económica que ha castigado a nuestro país en los últimos años apenas ha hecho menguar estas cifras. En noviembre de 2008, dos meses después del derrumbe de *Leman Brothers*, el porcentaje apenas disminuía al 75,7%⁹. Dos años después, en noviembre de 2010, volvía a ascender al 76%¹⁰, y en noviembre de 2012, con la crisis sometiendo a la economía española a uno de sus peores momentos, ese índice se mantenía en el 72,4%¹¹.

Lo llamativo y característico de estas cifras se hace más evidente si tenemos en cuenta cómo ha afectado la dura realidad de la crisis a otras consideraciones y valoraciones políticas de los ciudadanos. Un planteamiento especialmente clarificador en este sentido se nos muestra si atendemos a la siguiente pregunta: “en su conjunto, ¿está Ud. muy satisfecho/a, bastante, poco o nada satisfecho/a con la forma en que funciona la democracia en España?”. En noviembre de 2002 el 50,9% de la población se declaraba bastante satisfecho y sólo el 6,6% nada satisfecho. En noviembre de 2008, con los primeros coletazos de la crisis, el sentimiento de satisfacción llegaba a su tope máximo: el 5,9% se declaraba muy satisfecho y el 54,55 bastante satisfecho. Tan sólo el 4,5% decía sentirse nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia. Con los meses estos números cambiarían considerablemente. En noviembre de 2012 tan sólo se sentía bastante satisfecho con el funcionamiento democrático el 27,1% de los ciudadanos. El 19,9% decía se declaraba nada satisfecho: casi cinco veces más que en el año 2008.

La crisis, al contrario de lo que ha sucedido con otras consideraciones políticas de los ciudadanos, no ha afectado a la valoración que éstos siguen haciendo de la transición. El enfoque que buena parte de los españoles han retenido en relación a la transición cobra forma en una perspectiva netamente positiva de dicho episodio. Hasta aquí, buena parte de los lugares comunes, imágenes y representaciones positivas que se han tornado en canónicas sobre esa parte de nuestra historia han permanecido vigorosamente asentados en la mentalidad global de los españoles.

Las razones para ello se relacionan básicamente con la proyección de una reproducción del devenir de ese tiempo - fundamentalmente mediática - que ha conseguido asentar perfiles y esquemas explicativos que logran sobreponerse y ocultar las novedades surgidas recientemente en varias de las Ciencias Sociales y de las

⁹ Barómetro CIS 2778, noviembre 2008.

¹⁰ Barómetro CIS, 2853, noviembre 2010.

¹¹ Barómetro CIS, 2966, noviembre 2012.

Humanidades, entre ellas la Historia¹². Los *mass media* promueven y regularmente consiguen asentar la transferencia de interpretaciones incompletas, simplistas, políticamente sesgadas y reduccionistas. Este trecho entre investigación y divulgación ha sido repetidamente evidenciado por historiadores que apuntan a la extendida ignorancia ciudadana respecto a los avances de la investigación historiográfica especializada¹³.

La prueba más evidente de hasta qué punto sigue calando una imagen positiva de la transición que apenas ha conseguido diluir en lo más mínimo una creación intelectual crítica cada vez más presente, ha sido la proliferación de un buen número de giros léxicos, de términos sobre la transición que desde hace ya bastante tiempo han ido posándose como ingredientes de la pugna ideológica del presente.

Uno de los que ha cobrado mayor fama ha sido el que alude al “espíritu de la transición”¹⁴ que recurrentemente suele ir de la mano de unos devotos camaradas de

¹² A esta realidad tampoco resulta ajeno el hecho de que como señala Ortiz Heras el formular aún hoy en día “un análisis que vierta sombras o ponga en cuestión cualquier aspecto de una cierta versión canónica, siempre laudatoria, establecida sobre la cuestión y defendida con ahínco por la mayor parte de medios de comunicación y políticos actuales —que, a su vez, arrastra a la opinión mayoritaria de los españoles— coloca a quien la formula en una posición muy incómoda”. Manuel ORTIZ HERAS: “Nuevos y viejos discursos de la transición. La nostalgia del consenso”, *Historia Contemporánea*, 44 (2011), pp. 337-367. Véase también en este sentido: Daniel CANALES CIUDAD.: “El relato canónico de la transición. El uso del pasado como guía para el presente”, en *El Futuro del Pasado*, 4 (2013), pp. 513-532.

¹³ Juan SÁNCHEZ GONZÁLEZ: “La historia del tiempo presente en España y los estudios sobre la transición democrática española: un balance y algunas reflexiones” en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ (coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 55.

¹⁴ Ciertamente se podría hablar de lo que Rafael Escudero llegó a denominar en julio de 2012 como el eterno retorno del espíritu de la transición. Véase: http://www.eldiario.es/zonacritica/eterno-retorno-espíritu-transición_6_21757829.html. Por poner sólo tres ejemplos recientes y completamente divergentes en orígenes y contenidos. Con motivo de la aprobación de la Ley Orgánica que aprobaba la abdicación del Rey Juan Carlos, el periodista Luis María Anson aseguraba que había funcionado “de nuevo el espíritu de la Transición y, en asunto tan delicado como la sucesión a la Corona, el 86% del Congreso, es decir, de la voluntad popular libremente expresada, apoyó la ley orgánica propuesta.”: <http://www.elimparcial.es/funciono-el-espíritu-de-la-transición-138620.html>. En marzo de 2014 el portavoz del gobierno vasco el portavoz del gobierno vasco Josu Erkoreka apelaba “a lo que algunos denominan el «espíritu de la Transición», como reclamo para llegar a acuerdos en el seno de la ponencia de «autogobierno» que a finales de ese mes se ponía en marcha en el Parlamento de Vitoria. <http://sortu.net/es/noticias/987-contra-el-espíritu-de-la-transición>. En marzo de 2013 el socialista Jesús Eguiguren se quejaba en relación al tema vasco de que “nos falta el espíritu de la Transición. La capacidad de pacto y de flexibilidad que lo hizo posible. Mientras no recuperemos aquel espíritu me temo que iremos de mal en peor” http://politica.elpais.com/politica/2013/03/31/actualidad/1364753422_835375.html

¹⁴ En junio de 2012 el ex secretario general del PCE Santiago Carrillo se mostraba de que era “imposible que hoy se repita el consenso que hubo en la transición” http://www.elcorreo.com/agencias/20120614/mas-actualidad/politica/carrillo-es-imposible-repita-consenso_201206141657.html. La postura de los principales partidos nacionalistas y algunas formaciones de izquierda en la reciente abdicación real llevó a algún medio de comunicación a hablar del fin del consenso de la transición. <http://www.noticiasdenavarra.com/2014/06/12/politica/estado/adios-al-consenso-de-la-transición>

camino: “el consenso”¹⁵, “la cultura”¹⁶, “el pacto”, “el acuerdo”. Cada uno de ellos continuados por el inevitable “de la transición”. Hasta tal punto esto ha sido así que en los últimos años uno de los métodos más habituales en España para agredir al rival político ha sido el de culparlo de romper con las reglas, preceptos y modelos de conducta que se presume que las mencionadas expresiones encarnaron y han encarnado hasta aquí. Casi todos los miembros del espectro político español han tomado parte en este juego. Tanto las formaciones mayoritarias como incluso aquellos otros - que no siendo protagonistas del “consenso transicional” o que han querido modificarlo o finiquitarlo - se han llegado a lamentar por el supuesto hecho de haber sido roto algunos de esos logros desde las instituciones erigidas para defenderlos.

Pero entre todas las acepciones o expresiones ninguna ha caracterizado de una forma más sobresaliente todas las ideas vinculadas a lo que se viene apuntando hasta aquí como la oportunidad, o no, de llevar a cabo una *segunda transición*. El presente trabajo pretende aproximarse a la utilización que a lo largo de los años y hasta nuestro presente se ha hecho de este concepto que con el paso del tiempo se ha convertido en algo revestido de caracteres casi míticos: una especie de bálsamo de Fierabrás sociopolítico inalcanzable hacia el que dirigirse, en algo quizá equiparable a una revolución pendiente, en un paso siempre irresuelto que de culminarse satisfactoriamente permitiría a España, por fin, colmatar todas sus oquedades cívicas e institucionales. Este análisis nos permitirá, no sólo poner luz sobre algunas de las distintas miradas que se han proyectado sobre la transición, sino, igualmente valorar como esas miradas e interpretaciones han ido transcurriendo paralelas entre sí desde el mismo momento en el que la consolidación democrática sucedió a la misma transición.

Un trabajo de Sísifo: a la búsqueda de la *segunda transición*.

Es conocido que la expresión *segunda transición* alcanzó popularidad gracias a la figura del ex presidente del gobierno José María Aznar. Pero Aznar no lo inventó. Aznar hizo suyo un concepto que ya se venía utilizando desde unos años atrás, al menos desde comienzos de la década de los noventa, aunque se puedan encontrar antecedentes

¹⁵ La postura de los principales partidos nacionalistas y algunas formaciones de izquierda en la reciente abdicación real llevó a algún medio de comunicación a hablar del fin del consenso de la transición. <http://www.noticiasdenavarra.com/2014/06/12/politica/estado/adios-al-consenso-de-la-transicion>

¹⁶ Reclamada por ejemplo en Eugenio TRIAS: “De cine”, *ABC*, 24 de abril de 2012.

muchos años atrás¹⁷. Tres problemáticas propias de aquellos momentos bien diferentes entre sí propiciaron que diversas voces en España comenzaran a definir, a prefigurar o a desear, una *segunda transición*.

El primero en hacerlo, desde el plano sindical, fue Nicolás Redondo Urbietta que en abril de 1990 afirmaba llegado el momento de impulsar una *segunda transición* que a su juicio implicaba “realizar el giro social mediante una política de signo progresista, orientada a la justicia social” que tendría como objetivos “acabar con la precariedad en el empleo, garantizar a los trabajadores el acceso a servicios públicos eficientes e introducir los derechos reales de participación en la empresa”¹⁸. Para el entonces Secretario General de UGT esta *segunda transición* era prácticamente sinónimo de concertación social, ese complejo y tantas veces indefinido intercambio político entre los agentes sociales y el Estado¹⁹. Esta idea caló entre los compañeros de Redondo y así, Josep María Álvarez Suárez, por entonces recién elegido Secretario General de UGT de Cataluña, reincidía pocos meses después en lo apuntado por Redondo al hablar de una *segunda transición* negociada con el Gobierno y que debería basarse en una reforma fiscal que entre otras cosas “gravara más al que más tiene, salvaguardando las rentas más bajas del trabajo, la participación institucional de los sindicatos y [...] la participación de los trabajadores en los consejos de administración de las empresas”²⁰.

Una cuestión que preocupaba tanto o más, si cabe, en aquellas fechas que el ajuste sociolaboral era la del engarce español dentro del entramado comunitario europeo en el que se había ingresado en 1986. A comienzos de la década de los noventa la entonces CEE afrontaba el reto de una mayor integración que culminaría con la firma el 1 de enero de 1992 del Tratado de la Unión. Si algunos habían visto en la inclusión de España en el proyecto comunitario el punto final de la primera transición, en esos momentos en los que el país se encaminaba hacia unas cotas de mayor unión con sus vecinos europeos, se recurrió a la idea de una *segunda transición* para vehicular algunos

¹⁷ Manuel Fraga afirmaba de hecho en mayo de 1980 al hilo de la moción de censura presentada por el PSOE contra el gobierno de Adolfo Suárez que ya se podía dar por iniciada “la segunda fase de nuestra transición política”. *ABC*, 31 de mayo de 1980. Algunos incluso como el periodista Lorenzo CONTRERAS no dudarían en afirmar que lo que conocernos comúnmente por transición constituyó en realidad la segunda transición. La primera arrancaría “de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 y termina con las elecciones democráticas de junio de 1977”, la segunda recorrería “un tiempo que va de 1977 a 1985”, *ABC*, 10 de diciembre de 1993.

¹⁸ “La demanda social centrará los actos del 1 de mayo” *ABC*, 27 de abril de 1990.

¹⁹ “Redondo: la concertación es una segunda transición democrática” *ABC*, 21 de mayo de 1990.

²⁰ Josep María ÁLVAREZ: “Un ejemplo a seguir” *La Vanguardia*, 9 de julio de 1990.

de las transformaciones más importantes que se asociaban al horizonte determinado por Maastricht.

Así lo vino a afirmar Miquel Roca cuando afirmó que Europa era “una segunda transición” que requería “un clima importante de acuerdo”²¹. El propio Felipe González hizo suya la afirmación de Roca sobre esta *segunda transición* que representaría para España “salvar con éxito la plena integración en la Europa del 93”²². Desde posicionamientos más a la izquierda y mucho más críticos con lo que suponía el proyecto europeo tampoco se tenían dudas sobre trascendencia del proceso. En este sentido, el entonces Secretario General del Partido Comunista Andaluz, Felipe Alcaraz, llegó a asegurar que Maastricht representaba una *segunda transición* política, “ya que rompía con aspectos pacifistas, ecológicos y de economía social”²³. El enorme potencial determinante del proyecto europeo marcaba de manera destacada la política española en los instantes en los cuales ese proyecto se encaminaba hacia sus más importantes consecuencias desde que arrancara en los años cincuenta²⁴.

La tercera esfera que propició la utilización de la expresión *segunda transición* a comienzos de la década de los noventa, la cuestión territorial o nacionalista, estaba llamada a ser una de las problemáticas que, en el futuro, más iban a impulsar un uso continuado de la idea que aquí nos ocupa. El ajuste político-institucional de las distintas divisiones administrativas del país sería siempre considerado como una de las tareas por rematar, como uno de los trabajos inconclusos de la transición. En esos años iniciales de los noventa esas manifestaciones procedieron principalmente de Cataluña.

Así pues a finales de 1991 en determinados medios de la órbita nacionalista de CiU se empezó a teorizar sobre la necesidad de una *segunda transición*, con “reforma estatutaria y constitucional de por medio”, al defenderse “que, desde la óptica de los derechos nacionales, la Constitución había sido el resultado de un pacto en precario”²⁵.

²¹ “González, frente a la opinión europea, rechaza el referéndum sobre Maastricht” *ABC*, 2 de julio de 1992.

²² “El presidente afirma que el nuevo gobierno no cambiara de política” *La Vanguardia*, 21 de marzo de 1991.

²³ “Alcaraz abogó por celebrar un referéndum sobre Maastricht” *ABC*, 7 de julio de 1992.

²⁴ No sería la última vez que los fuertes condicionamientos procedentes de Bruselas propiciarían el que se hablara de una segunda transición forzada por Europa. En julio de 2011 ante los cada vez mayores apremios hacia la austeridad de las autoridades comunitarias el periodista Ángel PÉREZ GUERRA se preguntaba “¿Recordaremos este verano como el de la segunda transición de nuestras vidas en cuanto que ciudadanos de una polis? ¿Contaremos a nuestros nietos que España fue una desde la muerte de Franco y otra distinta desde la intervención arrolladora de Centroeuropa en nuestra gobernación?” “La reconversión del Estado” *ABC*, 31 de agosto de 2011.

²⁵ “Puyol espera un gesto de González que zanje una polémica estéril”, *La Vanguardia*, 15 de septiembre de 1991.

Josep Antoni Durán y Lleida, el ya por entonces máximo dirigente de Unió Democràtica de Catalunya, llegó a proponer a finales de 1992 – por cierto sólo dos meses después de la firma de los denominados segundos pactos autonómicos en febrero de ese año – la apertura de “una negociación bilateral inmediata entre el Gobierno central y el de la Generalitat, en el marco de una “segunda transición” autonómica, para lograr el encaje definitivo del hecho diferencial catalán en el Estado español”²⁶. El que el nacionalismo catalán entendiera esa *segunda transición* como un camino hacia la, por su parte, siempre deseada asimetría lo confirmaban los diputados Josep Maria Cullerell i Nadal y Joaquim Molins i Amata cuando en julio de 1993 reclamaban “una segunda transición, que nos permitirá plantear nuestra insatisfacción sobre el Estado de las autonomías y acabar con el café para todos”²⁷.

Estas ideas por aquel entonces no fueron expresadas únicamente por destacados miembros de CiU sino que fueron sentidas como propias por buena parte del espectro político catalanista, IU y ERC entre otros. Un segmento ideológico que agrupado en la denominada *Convenció per la Independència Nacional*, llegó a solicitar al Parlamento de Catalunya la construcción “de una segunda transición democrática que respete de verdad los derechos de los pueblos”²⁸. Ángel Colom, en aquel tiempo Secretario General de la principal fuerza independentista, ERC, apuntaba en una dirección que bien pudiera trasvasarse con total vigencia al presente de junio de 2014 desde el que se escriben estas líneas: “urge un cambio de régimen, una segunda transición [...] en que el ciudadano no se limite a votar representantes, sino que pueda fácilmente introducir leyes de iniciativa popular o reclamar referendos, en que se legalice de una vez por todas la plurinacionalidad y pluriculturalidad del Estado, que el Estado deje de ser una cárcel de pueblos”²⁹.

En cualquier caso y como queda dicho con anterioridad, no iban a ser estos escenarios ni estos personajes de la vida política y social los llamados a dar popularidad al concepto. Con intenciones radicalmente opuestas a las señaladas hasta aquí, el que verdaderamente redimensionó y proyectó la noción objeto de nuestro interés fue el

²⁶ “Duran Lleida reclama una negociación bilateral inmediata con el gobierno” *La Vanguardia*, 23 de abril de 1992.

²⁷ “Cullerell postula una segunda transición” *La Vanguardia*, 11 de julio de 1993.

²⁸ “UDC e IC expresan su adhesión a un grupo de debate independentista” *La Vanguardia*, 16 de mayo de 1994.

²⁹ Àngel COLOM: “Bisturí a fondo”, *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1994.

entonces líder del Partido Popular, José María Aznar³⁰. Fue el futuro presidente del Gobierno quien la popularizó y divulgó. Pero el mensaje que se situaba detrás de la *segunda transición* de Aznar fue gestándose con anterioridad al momento preciso en el que el entonces jefe de la oposición presentó su famoso libro el 25 de noviembre de 1994.

Antes incluso, o al menos de manera paralela a que Aznar viniera a decir que la *segunda transición* consistía básicamente en la derrota socialista y la llegada al poder del PP en España, otros intelectuales y creadores de opinión no muy alejados de las posiciones ideológicas de Aznar le habían ido “preparando el terreno”. Ya en el verano de 1990 el periodista Justino Sinova y el historiador Javier Tusell presentaron una obra: *El secuestro de la democracia. Cómo regenerar el sistema político español*³¹ que les servía para criticar al entonces partido gobernante y para proponer “una serie de medidas para la generación de una segunda transición”³².

La estela inaugurada por Tusell y Sinova sería surcada en fechas sucesivas por otros periodistas críticos con el socialismo como Pablo Sebastián o el comunicador - enormemente popular en el futuro dentro de las filas de la derecha - Federico Jiménez Losantos. Si el primero afirmaba en diciembre de 1992³³: “no será fácil sacar a Felipe González y a los suyos del poder y muchos son los que ya piensan en una segunda transición, la del felipismo (tras la del franquismo)”; el segundo aseguraba en junio de 1993 que las instituciones democráticas estaban “secuestrada por el felipismo” y que era necesaria “una segunda transición [...] cuyo fin último sería cambiar de régimen y dar entrada a los ciudadanos y sectores ideológicos que están tácita o expresamente proscritos de la vida política normal”³⁴.

Al tiempo que tenían lugar estas manifestaciones el propio José María Aznar fue desgranando y adelantando en pinceladas lo que acabaría por plasmar en su libro. En julio de 1992 Aznar reclamaba ya una *segunda transición* “antes de que los socialistas terminen con todo lo que de verdad merece la pena plantear para el futuro de nuestro país”³⁵. En diciembre de ese mismo año el futuro presidente enunciaba ya en pocas

³⁰ Lo hizo fundamentalmente a través de su obra titulada justamente *La Segunda Transición*, Madrid, Espasa-Calpe, 1994.

³¹ Justino SINOVA y Javier TUSELL: *El secuestro de la democracia. Cómo regenerar el sistema político español*, Barcelona, Plaza y Janés-Cambio 16, 1990.

³² “La democracia a medias y la segunda transición”, *ABC*, 21 de julio de 1990.

³³ Pablo SEBASTIÁN: “El fin del felipismo”, *ABC*, 27 de diciembre de 1992.

³⁴ Federico JIMÉNEZ LOSANTOS: “Una segunda transición” *ABC*, 27 de junio de 1993.

³⁵ “Aznar considera una necesidad nacional desalojar a los socialistas del Gobierno”, *La Vanguardia*, 12 de julio de 1992.

palabras lo esencial de su representación: “hace falta una segunda transición porque el PSOE va a hacer lo posible por no dejar el poder”³⁶. En abril de 1993 y en la misma línea apuntaba la necesidad de esa *segunda transición* “para recuperar en España los valores democráticos y la ilusión de los ciudadanos notablemente deteriorada durante los años de hegemonía socialista. Una primera transición sustituyó al franquismo y ahora es necesaria una segunda para sustituir al felipismo”³⁷. La arquitectura ideológica de la *segunda transición* de Aznar se dotaba pues de unos componentes drásticamente simples que bien se podrían resumir en unas palabras que el propio Aznar utilizó en el acto de la presentación de la obra: “nosotros somos la alternativa”³⁸.

Fue Aznar quien dio fama y notoriedad a la expresión *segunda transición* y él mismo fue el que le imprimiría uno de los principales sesgos que tendría desde ese momento en adelante: el de formulación teórica bajo la cual esconder las opciones partidistas relacionadas directamente con el disfrute del poder político a costa del rival³⁹. Teniendo en cuenta esto último, que como queda dicho sería a partir de entonces una constante, no es de extrañar que la utilización de la expresión alcanzara una nueva proyección con la vuelta del PSOE al gobierno en la figura de José Luis Rodríguez Zapatero.

La notable diferencia respecto a su antecesor en el cargo es que el político leonés nunca reivindicaría, ni defendería personalmente la puesta en marcha de una “segunda transición”. Antes al contrario fueron otros, normalmente un ramillete muy variado de adversarios ideológicos y políticos, los que le acusarían recurrentemente de llevar a cabo una - en este caso, indeseable - “segunda transición” activada por Zapatero en solitario o lo que era peor, en connivencia con sus socios nacionalistas. “Nada más peligroso que una segunda transición” se llegó a afirmar por aquel entonces⁴⁰.

³⁶ “Aznar en Andalucía”, *ABC*, 20 de diciembre de 1992.

³⁷ “Aznar: es precisa otra transición para sustituir al felipismo”, *ABC*, 12 de abril de 1993.

³⁸ “Segunda transición”, *ABC*, 16 de noviembre de 1994. Más allá de lo sencillo del núcleo del mensaje de Aznar podría apuntarse que el entonces presidente del PP intentó subrayar en su obra tres ideas fundamentales: la definición de España como nación; la obligación de revitalizar la democracia, y la necesidad de conseguir el bienestar y el empleo de los españoles. A lo largo de 227 páginas, Aznar habla en un tono difuso e impreciso de la recuperación del centro político, de la pluralidad de la nación española, la revitalización de la democracia, el bienestar de los españoles y de España en el mundo.

³⁹ En buena lógica con lo que aquí se está apuntando en enero de 2009 a los cinco años del gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, Aznar abogaba por una “tercera transición” que habría de basarse fundamentalmente en la “recuperación de las esencias de la primera”. <http://www.publico.es/espana/192632/aznar-aboga-por-la-tercera-transicion, 2009>.

⁴⁰ Ignacio ÁNCHEZ CÁMARA: “La Ruptura pendiente”, *ABC*, 8 de febrero de 2005. Pío MOA, uno de los más conspicuos representantes revisionismo neofranquista no vaciló a lo hora de afirmar que si la primera transición “transformó una dictadura en democracia, esta segunda quiere transformar la

Esa *segunda transición* supuestamente promovida por Zapatero fue vista según uno de sus grandes denunciadores, Jaime Mayor Oreja, como un ataque “de las izquierdas a las fórmulas de consenso que se aplicaron en la primera”⁴¹ cuando no llevando las cosas al extremo “como una acción cuyo objetivo era dar poder político a ETA”⁴². Desde puntos de partida algo más moderados el sociólogo Emilio Lamo de Espinosa vino a asegurar que esta “segunda transición, eslogan recogido y amplificado por la izquierda, y con mayor fervor aún por los nacionalismos [...] volvía la mirada hacia el pasado y hacia dentro” por lo que “en lugar de unir y dar fuerza, dividía y debilitaba”⁴³. Razonamientos parecidos fueron los que habían conducido antes incluso en el tiempo al segundo presidente de la democracia, Leopoldo Calvo-Sotelo, a lamentar lo que él consideraba como “la usurpación de una marca política prestigiosa” y a manifestar su queja pues pensaba que “bajo el rótulo de segunda transición se intente pasar una extraña y confusa mercancía que traiciona la esencia misma de la primera”⁴⁴.

Lo incuestionable es que la utilización de esa “marca política prestigiosa” siguió teniendo lugar y cada vez con mayor profusión. Algunos de los que lo han hecho con mayor frecuencia han sido los nacionalistas periféricos como en parte ya ha quedado de manifiesto en líneas anteriores de este trabajo. Lo hicieron antes incluso de que Aznar diera difusión al término y lo harían con fruición después. Justo una década después de la publicación del libro de Aznar, Josep Lluís Carod Rovira, Secretario General de Esquerra Republicana de Catalunya; Begoña Erratzi, Presidenta de Eusko Alkartasuna y Bizén Fuster, presidente de Chunta Aragonesista lanzaban un manifiesto titulado *Por una segunda transición democrática y plurinacional* a través del cual reclamaban el reconocimiento del carácter plurinacional del Estado español⁴⁵.

Sería sólo un jalón, quizá el más efectista y conocido. Habría más y se sucederían en cascada. Por citar solo algunos ejemplos: Artur Mas reclamaría esa misma *segunda transición* un año después⁴⁶, en mayo de 2008 lo hacía Iñigo Urkullu⁴⁷

democracia en demagogia y balcanización”
<http://www.libertaddigital.es/index.php?action=desaopi&cpn=25239>, 23-03-2007.

⁴¹ www.cuentayazon.org/revista/pdf/146/Num146_001.pdf

⁴² <http://www.libertaddigital.com/nacional/mayor-oreja-acusa-a-zapatero-de-desencadenar-una-segunda-transicion-para-dar-poder-politico-a-eta-1276281633/>

⁴³ Emilio LAMO DE ESPINOSA: “La segunda transición” en Juan José TOHARAIA (Coord.): *Pulso de España 2010. Un informe sociológico*, Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2011, p. 52.

⁴⁴ Leopoldo CALVO-SOTELO: “La segunda transición”, *ABC*, 6 de diciembre de 2005.

⁴⁵ “Por una segunda transición democrática y plurinacional”, *El País*, 31 de marzo de 2004.

⁴⁶ Artur MAS I GAVARRÓ: “Hacia una segunda transición”, *Hermes: pentsamendu eta historia adkizkaria. Revista de pensamiento e Historia*, 15 (2005), pp. 2-4

y posteriormente harían lo propio varios líderes del abertzalismo vasco como Arnaldo Otegui⁴⁸, Txelui Moreno⁴⁹ o Mikel Arana⁵⁰. Todos ellos en un sentido parecido al que ya se había utilizado en los primeros noventa para reclamar mayores cuotas de autogobierno.

Una de las consecuencias naturales y lógicas – yo diría casi que inevitable echando mano del refranero español – del uso hipertrofiado de la expresión *segunda transición* ha sido el planteamiento y enunciación de una tercera. Uno de los primeros en utilizar esta idea fue curiosamente Felipe González que en septiembre de 1997, apenas pasado un año desde su salida de la Moncloa, auguraba una tercera transición: “cuando los socialistas recuperemos la mayoría, tendremos que hacer la tercera transición para salir de esta democracia cautiva” afirmaba el ex presidente del gobierno⁵¹. Pocas palabras ilustran mejor que estas cual ha sido uno de los principales usos que se le ha dado a la tan baqueteada locución que aquí nos ocupa.

De la *tercera transición* podrían apuntarse elementos de análisis muy similares, casi idénticos, a los de la segunda. Su multifuncionalidad sería uno de ellos. Entre quienes la han utilizado estaría, por ejemplo, Jaime Mayor Oreja, experto como queda dicho en hablar de la segunda y que hizo lo propio sobre una tercera aplicable en este caso al País Vasco⁵². Tras la victoria electoral del PP por mayoría absoluta en las elecciones de noviembre de 2011 - valorada por algunos en si misma como esa tercera transición - el uso del término cobraría fuerza⁵³. Tras esos comicios algún comunicador que ya se había permitido hablar de la segunda reclamaría ante la perspectiva de una

⁴⁷ “Urkullu pide 'una segunda transición' al 'descafeinar' el PSOE las autonomías”, *El Mundo*, 8 de mayo de 2009.

⁴⁸ “Arnaldo Otegui: No volveremos a cometer los errores del anterior proceso”, *El Mundo*, 12 de enero de 2011.

⁴⁹ “Amaiur promete llevar a Madrid el 20-N el 'derecho a decidir de Euskal Herria””, *El Mundo*, 2 de octubre de 2011.

⁵⁰ “Arana pide un referéndum en Euskadi para definir su grado de autogobierno”, *El Mundo*, 8 de octubre de 2012.

⁵¹ “El afán de González por seguir en activo complica el asentamiento de Almunia como jefe de la oposición”, *ABC*, 12 de septiembre de 1997.

⁵² La primera a juicio de Mayor Oreja fue la que afectó a todo el país y culminó con la Constitución; la segunda, la aprobación del Estatuto de Guernica y, la tercera, aún pendiente por entonces en Euskadi, la del cambio de Gobierno y la alternancia en el Ejecutivo de Vitoria” *ABC*, 03.04.2001, p. 19.

⁵³ Bien es cierto que algunos antes de la victoria popular en esas elecciones ya interpretaron como una posible tercera transición procesos bien diferentes. Como una tercera transición fue vista la movilización popular conocida como Movimiento 15-M en el caso del ex Coordinador General de IU, Gaspar Llamazares. <http://www.que.es/ultimas-noticias/espana/201105241443-llamazares-movimiento-15-m-como-tercera-efe.html>. Por otra parte el líder del PP de Galicia y presidente de la Junta en fechas muy cercanas aseguraba que “culminadas las dos "primeras transiciones" --la "democrática" y la "autonómica"--, quedaba pendiente "la tercera transición", en referencia a la del poder local. <http://www.europapress.es/galicia/noticia-feijoo-considera-imprescindible-reforma-poder-local-eleva-tercera-transicion-20110511130832.html>

supuesta crisis de régimen una tercera “antes de que se desencadene sola”. Una tercera transición cuyo pilotaje correspondería al PP de Mariano Rajoy y que supondría “un desafío a la altura del que ejecutaron Suárez y la UCD en los albores de la democracia”⁵⁴.

También es necesario en este punto notar que esta *tercera transición*, al igual que la segunda ha logrado ya de forma incipiente trascender al ámbito académico-divulgativo. Prueba de ello fue la celebración el 6 de junio de 2012 por parte de la Fundación Lázaro Galdiano y el *think thank Know Square* de un encuentro entre especialistas que se llamó justamente “España, tercera transición”. Los organizadores consideraban que tras la transición iniciada en 1976, habría tenido lugar una segunda que ellos asociaban con la entrada en la moneda única y que en la actualidad nos enfrentamos a una tercera que no acababan de perfilar con exactitud⁵⁵.

Para dar por cerrada la estructura argumental que se viene desgranando hasta aquí resulta de justicia reparar en dos posicionamientos, que también han salido a la luz pública en los últimos tiempos, y que aunque radicalmente opuestos entre sí en origen y contenido, tienen en común el considerar como innecesaria, o negar directamente, esa posible *segunda transición* anhelada por tantos otros.

Los situados en el primero de estos posicionamientos, desde ópticas más bien conservadoras, suelen mezclar en sus argumentos una crítica al uso efectuado del término transición y la creencia de que una segunda se haría para pervertir y estropear la primera. En este sentido se pronunciaría en marzo de 2013 el Catedrático de Derecho Constitucional y entonces Rector de la Universidad Rey Juan Carlos, Pedro González-Trevijano al quejarse del anuncio “grandilocuente de una segunda Transición” para añadir exclamativamente a continuación “¡Y yo que pensaba que la Transición finalizó satisfactoriamente hace casi cuarenta años, y que tales procesos sólo se explican por el paso de regímenes autoritarios a democráticos”⁵⁶.

En idéntica línea se había manifestado ya con anterioridad José Luis de Zavala Richi, presidente de la Fundación Transición Española, en diciembre de 2008 cuando

⁵⁴ Ignacio CAMACHO: “La Crisis del régimen”, *ABC*, 5 de abril de 2013, y “La Tercera Transición”, *ABC*, 21 de noviembre de 2011.

⁵⁵ Participaron en este acto dos ex ministros de UCD, José Manuel Otero Novas y Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambroa, el ponente constitucional Miquel Roca Junyent y el político y jurista Antonio Garrigues Walker.

⁵⁶ Pedro GONZÁLEZ-TREVIJANO: “La España Constitucional y el Mito de Sísifo”, *ABC*, 18 de marzo de 2013.

aseguraba que “la transición se había hecho para que no hubiera más transiciones”⁵⁷. En una dirección parecida se pronunció tiempo después el diplomático - y hasta septiembre de 2011 Jefe de la Casa del Rey - Alberto Aza Arias cuando en marzo de 2014 negaba que se pudiera hablar de “una segunda transición para resolver los problemas de España”⁵⁸. Ninguno de ellos, es cierto, llegaría al extremo alcanzado por el historiado Stanley Payne quien llegó a asegurar que “si la primera transición se hizo para implantar la democracia, una segunda transición marcaría el comienzo del abandono de la misma”⁵⁹.

La segunda postura ha sido la de rechazar la oportunidad de una *segunda transición* para defender una primera ruptura⁶⁰. Los que se han ubicado en esta posición, normalmente situados en los márgenes más a la izquierda del espectro político, postulan que en ningún caso ha de considerarse la transición original como un referente digno de inspirar repeticiones o emulaciones. Antes al contrario, el horizonte que habría que perseguir sería el de una primera y verdadera ruptura que no se alcanzó en los años finales de los setenta y primeros ochenta. Desde diferentes ópticas han defendido esta postura, por citar dos ejemplos, el politólogo Juan Carlos Monedero⁶¹ o el abogado, sindicalista y diputado independiente por la formación *Amaiur*, Sabino Cuadra Lasarte⁶².

A modo de conclusión: ¿una idea con valor absoluto?

Como se ha podido ver hasta aquí la expresión *segunda transición* se ha convertido desde hace ya bastante tiempo en un concepto clave a la hora de servir de cauce de expresión a las reformulaciones y modulaciones realizadas en relación al proceso democratizador español. Pese a las muy distintas enunciaciones, exposiciones y proposiciones que la han tomado como eje referencial, es muy difícil no ver en el manejo de dicha locución un planteamiento cuestionador de la primigenia transición.

⁵⁷ ABC, 12 de octubre de 2008

⁵⁸ Alberto AZA: “El fin de la transición”, *La Vanguardia*, 8 de marzo de 2014.

⁵⁹ <http://www.diarioya.es/content/stanley-payne-una-segunda-transici%C3%B3n-conducir%C3%ADa-al-abandono-de-la-democracia>

⁶⁰ Dilema expuesto acertadamente en Justo BERAMENDI: “Segunda Transición ou primeira ruptura?”, *Tempos Novos*, 192 (2013), pp. 29-32: “algúns cren necesaria unha “segunda transición” ou novo consenso para cambiar algunhas cousas pero non todas. E outros van alén e desempolvan o vello dilema reforma vs. ruptura”.

⁶¹ “Juan Carlos Monedero: España no necesita una segunda transición sino una primera ruptura”, *La Opinión*, 18 de enero de 2014.

⁶² Sabino CUADRA: “Segunda transición Vs. Primera ruptura”, *Viento Sur*, 2 de abril de 2014.

Algo a vincular de forma necesaria y de igual manera, tanto con la coyuntura sociopolítica en la cual dicho empleo tiene lugar, como con la lucha y el conflicto ideológico consustancial a los sistemas democráticos.

En las líneas precedentes se ha tenido la oportunidad de comprobar como el propugnar, esbozar o anhelar una *segunda transición* se ha convertido en una excelente vía de cara a poder efectuar reaproximaciones cuestionadoras de la transformación política que viabilizó el cambio de régimen en España. Del mismo modo, ese examen realizado desde el momento actual – desde cualquier presente en realidad – posibilita el implicarse en las diferentes dialécticas que puedan estar encima de la mesa respecto a las formas de configuración políticas, económicas y sociales que debiera juzgar la ciudadanía y el Estado como convenientes para su futuro.

Desde estas perspectivas nos emplazamos ante una fórmula asombrosamente singular. Una singularidad que tiene su origen en el tremendo potencial semántico de la que han ido proveyéndola aquellos que, constantemente, la han utilizado para fundamentar sus muy desiguales designios y pensamientos. Es complicado no interpretar la resonancia y propagación que ha adquirido dicha idea sino como consecuencia del hecho de que la “marca transición” se ha transformado con los años en un logo aureolado de lustre, casi de fascinación, en un símbolo portador de crédito y de prestigio. Esto es lo que hace comprensible que la mencionada expresión haya sido manejada en muy diferentes formulaciones intelectuales, para aludir a metas o fines absolutamente diferentes entre sí, cuando no, directamente antitéticos.

La implementación de esta expresión ha sido capaz incluso de trascender la cobertura de abstracciones y aspiraciones radicalmente opuestas pues su empleo se ha ido revistiendo con los años de un asombroso alcance “multiusos”, siendo utilizado como una especie de figura totalmente intercambiable, ajustable a todos los terrenos. Hasta tal punto esto sería así que el concepto ha sido aplicado a niveles tan específicos de la producción intelectual como son los medios de comunicación⁶³, la investigación científica⁶⁴ o incluso la producción historiográfica⁶⁵.

La extraordinaria polivalencia y “empleabilidad” de la expresión ha llevado a plantearse a algunos la emergencia de una transición eterna, una especie de “ser

⁶³ “Daniel Gavela, por entonces director general de la Cadena SER proponía una ‘segunda transición’ en el periodismo español para salvaguardar la independencia de la prensa”. *El País*, 31 de enero de 2003.

⁶⁴ Mikel OLAZARÁN, Cristina LAVÍA, y Beatriz OTERO: “¿Hacia una segunda transición en la ciencia? Política científica y grupos de investigación”, *RES*, 4, (2004), pp. 143-172.

⁶⁵ Carlos BARROS “Inacabada transición de la historiografía española”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, 24(1996), pp. 469-493.

transicional de España”, perenne fase y deseo de mutación que es interpretado “como relato, como constructo, de una casta política”⁶⁶. Algún otro autor ha ubicado la consumación de esa *segunda transición* en un porvenir impreciso, aún indeterminado, y ha llegado a afirmar que esa *segunda transición* “o no la veremos nunca, o la disfrutarán nuestros nietos, si es que soplan favorables los vientos de la Historia”⁶⁷.

En líneas anteriores de este trabajo se aludía a ciertas encuestas que evidenciaban el prestigio social del que sigue disfrutando aún la transición como proceso histórico entre los españoles y la importancia que este hecho posee para el resto de reflexiones hechas hasta aquí. Pues bien, en un barómetro efectuado el abril de 2014 por la empresa *Metroscopia* para el diario *El País*, el 82% de los encuestados aseguraba estar de acuerdo en que España “necesita ahora una segunda transición para, con el mismo espíritu de pacto y concordia de la primera, modificar y actualizar nuestro sistema político”⁶⁸. Esta realidad nos ilustra sobre lo muy difícil que será desterrar del vocabulario político, intelectual, y mediático la expresión *segunda transición*. Y ello a pesar de que la receta para dicha erradicación puede resultar bastante sencilla de plantear. Bien es cierto que tan sencilla de plantear como difícil de llevar a cabo.

Es necesario dotarse de una teoría verdaderamente funcional sobre las transiciones acaso ausente en España - entre sus intelectuales, entre sus políticos - debido a que la adquisición de la misma quizá no pueda ser proporcionada tanto por la teoría como por la práctica empírica. El concepto de transición ha de ser replanteado y en ese proceso, politólogos e historiadores hemos de desempeñar un papel capital de cara al reciclaje que de ese replanteamiento han de hacer otros. Como atinadamente ha apuntado Juan Francisco Fuertes Aragonés en el caso español la futura evolución del término “estará fuertemente condicionada por el éxito o el fracaso de una operación deslegitimadora de la primera transición” que paradójicamente y como se ha pretendido dejar de manifiesto a lo largo de este trabajo “lleva implícita una revitalización del propio concepto y de los términos y expresiones asociados a él, como *consenso, ruptura, reforma y pacto*”⁶⁹.

Como queda dicho, no será sencillo. El 2 de junio de 2014 coincidiendo justamente con la redacción final de estas líneas, Juan Carlos I de Borbón anunciaba su

⁶⁶ Arcadi ESPADA: “Transición”, *El Mundo*, 15 de diciembre de 2006.

⁶⁷ José Luis MARTÍN PRIETO.: “¿Más transición?”, *El Mundo*, 15 de abril de 2004.

⁶⁸ “Los jóvenes creen en el sistema pero piden cambios profundos”, *El País*, 5 de mayo de 2014.

⁶⁹ Juan Francisco FUENTES ARAGONÉS.: “Lo que los españoles llaman la *transición*. Evolución histórica de un concepto clave” *Melanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle Série*, 36 (2006), p. 146.

abdicación como Rey de España. Un nuevo horizonte político parecía abrirse para el país. Un simple vistazo a las páginas de los periódicos y de los medios digitales del día siguiente bastaba para darse cuenta de que el *perpetuum mobile* seguía cumpliendo su misión, la piedra de Sísifo continuaba rodando, el ciclo sin fin de la *segunda transición* seguía su curso con renovados bríos.